

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS.

MADRID.

Tres meses . . . . . 9 rs.  
Seis id. . . . . 16 »  
Un año . . . . . 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses . . . . . 10 rs.  
Seis id. . . . . 18 »  
Un año . . . . . 34 »

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS Á LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS.

EXTRANJERO.

Tres meses . . . . . 22 rs.  
Seis id. . . . . 38 »  
Un año . . . . . 74 »

En París recibe suscripciones y anuncios para El Cascabel, M. E. Pierron.—Boulevard Magenta, 101.  
Se suscribe en la Habana. Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. 100.

AMÉRICA.

Seis meses . . . . . 33 rs.  
Un año . . . . . 70 »

FILIPINAS.

Seis meses . . . . . 50 rs.  
Un año . . . . . 110 »

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

PERIÓDICO FESTIVO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponerse al gato. Lo que fuere sonará.

LA MUJER OCIOSA.

Hoy no tengo maldita la gana de hablar de política, que ya huele á puchero de enfermo hablar siempre de lo mismo, de una cosa tan apesosa, tan odiosa y tan horrorosa....

La cosa sigue como siempre: los ministeriales, creyéndose ministerializados ya hasta la consumacion de los siglos, que hasta entónces creen que ha de durar el Gobierno que nos rige, que ya saben VV. cómo, y los de la oposicion tragan saliva, y se impacientan al ver que los destinos que ellos ocuparon está ocupados por otros, y se consuelan con la esperanza de que los volverán á ocupar cuando caiga el enemigo.

Conque hablemos de otra cosa.

\*\*

Es el caso, que yo tengo un amigo, es decir, un conocido, que eso de tener un amigo no sé que haya quien lo pueda decir en el mundo.

Mi conocido tiene una mujer; pero ¡qué mujer! joven, bonita, graciosa, llena de perfecciones, amable, sensible, en fin, una mujer de esas que sin otro anzuelo que sus ojos y sin otro cebo que su gracia, pescan al hombre más contrario al matrimonio.

Así pescó á mi conocido, que no teniendo mas que diez mil reales de sueldo, en un destino tan movible y precedero como todos los destinos que da el Gobierno, se casó con esa señora, que por su parte no tenía mas que su hermosura, un vestido de seda teñido cinco ó seis veces, uno de organdi para las noches de verano, porque de dia no estaba presentable, un par de enaguas, su miriñaque correspondiente, y dos redecillas para el pelo.

En fin, que la muchacha era una pobrecita, lo que se llama una *cursi*, que daba cien vueltas á un traje, y que suplía con la elegancia de su talle, la gracia de sus movimientos y la singular hermosura de su rostro, la pobreza del vestido.

Mi conocido, á quien apenas bastaban los diez mil reales cuando era soltero, se hacía lenguas de su mujer, porque desde que se había casado no había en su casa escasez, ni tenia deudas, ni llevaba nada roto ni descosido, y su mujer le acompañaba vestida con gusto y casi con elegancia y lujo.

Y todos estos milagros los hacían los diez mil reales, es decir, no los hacían los diez mil reales, que el dinero no puede hacer cosa tan buena, lo hacía la esposa con su orden, su economía, su habilidad y su trabajo. Ella cosía la ropa del marido y la suya, ella se hacía sombreros de moda que le costaban poco más que nada, y por los que una modista le hubiese llevado quince ó veinte duros por cada uno, ella hacía las flores, bordaba los entredoses, en fin, ella lo hacía todo, y solamente así podían sacar tanto partido de quinientos duros, y aun le sobraba para hacer el día de sus días un regalo al marido, y para pagar alguna visita del médico, y para ir á ver una buena comedia, cuando la había, y para dar algunas limosnas á personas verdaderamente necesitadas.

\*\*

Haciendo la buena mujer todo eso, ya supondrán VV. que en su casa no paraba criada alguna.

Como que la señorita iba con la criada á la compra, y todo lo vigilaba, y no había medio de distraer un ochavo sin que se conociera la distraccion, que no era lo que más distraía á la mujer de mi conocido. Luego, en la casa no había nunca medio de hacer entrar el menor soldado ni el más leve mozo de cuerda, y una criada no puede estar donde no puede recibir siquiera á uno de sus infinitos primos.

Todas las que tuvo la mujer de mi conocido, se fueron echando pestes, hablando horrores de la señorita, y diciendo del señorito que era un infeliz; pero ¿qué le importaba eso á la buena honrada mujer?... Lo que le importaba era la economía en su casa y el bienestar de su marido.

\*\*

El demonio, que siempre mete la pata, y VV. perdonen la expresion, cuando ve un matrimonio en paz, que vive en la tierra tranquilamente, procurando merecer el cielo, no podia ver con buenos ojos la felicidad de mi conocido y su mujer, y un dia que se hallaba muy enfermo un viejo avaro, tío del marido de la mujer hacendosa, fué y le sopló la idea de que dejara toda su fortuna al sobrino, de quien en vida no se había acordado nunca.

Y el avaro, como no podia llevarse el dinero al otro mundo, porque de nada le hubiera servido, y por otra parte, su conciencia le reprochaba su conducta con su sobrino, que no había sido nada generosa, llamó *corriendo* á un escribano, que fué á *escape*, y *volando* enjaretó el testamento, por el cual quedaba instituido heredero universal del avaro su sobrino don Fulano de Tal.

Y acabado que fué el testamento, y firmado por el testador, el demonio, que estaba allí riéndose de la gracia, pegó un capirotazo al viejo, y cogiéndole en la uña del dedo meñique el alma, se la llevó á los profundos infiernos, que no otra cosa merecía aquel pícaro viejo, que había adquirido el dinero todo lo menos santamente posible, aunque él queria pasar por gran devoto, y hacía de ello alarde, suponiendo que así podría vencer la incredulidad de los que conocían sus malos actos.

\*\*

Luego que el demonio hubo dejado el alma del avaro acomodada en una caldera de pez hirviendo, que era cosa de chuparse los dedos, volvió á Madrid y se apoderó de mi conocido, el heredero universal de aquel grandísimo bribon, pues solamente el diablo pudo inspirarle las idas que puso en práctica mi conocido apenas se vió rico.

El hombre estaba loco de contento: cogió el dinero, que era mucho, dejó el destino para que se remediara algun cesante, mudó de habitacion, y se dispuso á gozar de su dinero, cosa puesta en razon, pero en la cual no debe perderse la prudencia y discrecion.

—Mujer, dijo á la suya, ¡qué feliz soy, pudiendo recompensarte todos tus sacrificios, toda tu abnegacion, todos los beneficios que me has hecho mientras hemos tenido que vivir con diez mil reales al año! Desde hoy vida nueva, no quiero que hagas nada, ni que te ocupes en quehaceres de la casa, ni cosas un boton, ni que siquiera tengas el trabajo de peinarte; tendrás criadas, doncellas, peinadora, bordadora, modista, tendrás, en fin, todas las comodidades, todo lo que debe tener quien es dueña de una fortuna como la que nos ha dejado mi pobre tío, á quien había yo juzgado tan mal.

La mujer se opuso al nuevo sistema de vida que su marido queria adoptar; pero este fué inexorable; queria mostrar su gratitud á su mujer, y el pedazo de animal, y ruego á mi conocido me perdone el modo de señalar, no encontró medio mejor de recompensar á la esposa hacendosa que el de convertirla en mujer ociosa.

Las criadas duraban mucho tiempo, como que eran dueñas de cuanto había en la casa, el ama de gobierno se hizo, como si dijéramos, un presidente del Consejo de Ministros, y la dueña verdadera de la casa fué, segun decia su marido, una reina que reinaba y no gobernaba, creyendo que la Constitucion, que es muy buena para regir un país, puede aplicarse tambien al gobierno del hogar doméstico.

La mujer, aunque con pena, tuvo que ceder, porque entre sus buenas cualidades de mujer casada, tenia la de una obediencia ciega al marido, cualidad que cada vez va siendo más rara en este pícaro mundo.

\*\*

Pero al cabo de algunos años, la esposa hacendosa se ha acostumbrado á estar ociosa.

La que preferia su hogar á todas las diversiones, prefiere hoy las visitas, las reuniones, los teatros y los paseos.

La que estaba tan buena y sana pasando los inviernos y los veranos en Madrid, tiene ahora que recorrer todos los puntos de España y del extranjero, y que beber todas las aguas termales del mundo.

La que llevaba siempre trajes sencillos y elegantes, que los hacía con sus primorosas manos, lleva hoy los vestidos más abigarrados y extravagantes, que le cuestan un dineral.

La que veía á todos los hombres con indiferencia, y no reparaba en si la seguian ó no, y no veía galanteos ni lisonjas, y era de todos respetada y admirada, hoy oye todo lo que la quieren decir, y va siempre escoltada de pollos, y da lugar á que con razon ó sin ella la maledicencia empiece á tomarla por su cuenta, y está á dos dedos de que la calumnia la coloque en el número de ciertas mujeres, cuya única falta consiste acaso en no ser mujeres de su casa, sino de las ajenas.

Y el marido, ántes tranquilo, confiado y feliz, hoy está inquieto y receloso, y duda de su mujer, y se arrepiente de haber destruido él mismo la modestia, la paz y la dicha de su hogar doméstico.

\*\*

Conque señores maridos, dejen VV. á sus mujeres el gobierno de la casa, déjenlas VV. cuidarse de hacer adornos y trajes, déjenlas VV. ser las reinas, no constitucionales, sino absolutas del hogar doméstico, y no se verán en el peligro en que se ven mi conocido y muchos conocidos de VV.

¡No es posible calcular los desastres y desdichas que puede introducir en el hogar doméstico una mujer ociosa!

¡Cuánto mal puede hacer una mujer que no hace nada!

C. FRONTAURA.

AL JUDAS MEJICANO.

La rabia en mi pecho arde, y quiero tener la gloria de maldecir la memoria de un traidor, vil y cobarde.

Lopez, con horror profundo voy tu nombre á pronunciar, porque has venido á probar que aun hay Judas en el mundo.

Tu nombre desdeña el hombre, y lo pronuncia con mengua: cuesta trabajo á la lengua pronunciar tu odioso nombre.

Hoy el castellano siente de furor su pecho lleno; ¡que el mundo no tenga ceno digno de manchar tu frente!

De Judas imagen viva, si en mi camino te hallara, no te escupiera á la cara por no manchar mi saliva.

Tu cobarde corazon,



no tembló al tocar la mano del ilustre soberano que te dió su protección?

Es tu amigo, hombre ruin, ¿y lo vendes? ¿y no dudas? tienes el alma de Judas y el corazón de Cain.

¿No miras alrededor de tu maldita morada una sombra ensangrentada que te llama vil traidor?

¿No encuentras en tu camino la imagen del soberano que tiende hacia tí la mano llamándote su asesino?

Será eterno tu dolor, porque oírás en tu indigencia el grito de tu conciencia que te llamará traidor.

No hallarás, perverso amigo, (con horror mi voz te nombra), ni un árbol que te dé sombra, ni un techo que te dé abrigo.

A la muerte en tus rencores llamarás con alma fuerte, y no vendrá: hasta la muerte tiene horror á los traidores.

Tu procedor inhumano mi libre musa castiga; miente mil veces quien diga que Lopez es castellano.

Quien al que lo ampara inmola y al deber su pecho cierra, ni ha nacido en esta tierra, ni tiene sangre española.

Tal error desmentido en vano, yo sé que la Europa sabe, que tanta infamia no cabe en un pecho castellano.

Con un horror sin segundo caerá sobre tu memoria la maldición de la historia y la execración del mundo.

VÍCTOR CABALLERO Y VALERO.

Cádiz y Agosto 1 de 1867.

## UN DOTE EN SARDINAS.

(CUENTO DE TISSOT.)

A principios de este siglo, ocuparon los franceses, á título de amigos, una importante plaza española. En las plazas públicas pusieron las armas en pabellones, y esperaron que las autoridades les designasen alojamiento.

La natural curiosidad de los habitantes de la plaza, los hizo salir de sus casas á ver las tropas extranjeras, y en todos los balcones y ventanas se veía á las mujeres y á los niños que no se habían atrevido á salir, suponiendo acaso que el ejército amigo no era tan amigo como quería hacer creer. Solamente una casa pequeña, y de aspecto humilde, permaneció cerrada á piedra y lodo, como si sus moradores no quisieran saber nada de lo que ocurría.

En esta casa vivía el señor Martín, comerciante muy conocido y estimado por su honradez, empeñado en infinidad de especulaciones, y que jamás había tomado parte en ningún acontecimiento político.

Cómodamente sentado en su sillón y fumando un magnífico veguero, estaba delante de la chimenea pensando en sus negocios y olvidado completamente de los ajenos.

De pronto sonó un fuerte campanillazo.

—¿Quién demonios vendrá á estas horas? exclamó el comerciante.

Algunos minutos después, entró un joven en al estancia, y aproximándose al señor Martín, dijo:

—Buenas noches, padre.

—Hombre, no te esperaba tan pronto.

—Esta mañana me puse en camino, y en todo él no he encontrado mas que soldados que van y vienen.

—¿Y has visto á Romero?

—Sí, señor, le he visto y hablado, y me concede la mano de su hija, pero se empeña en no darme mas que 6,000 duros de dote.

—Pues mira, dile que se guarde la hija y el dote.

—Pero padre....

—Oye, hijo: á cierta edad, á la tuya, por ejemplo, se prefiere el amor al interés, pero luego vence el interés al amor.

—Bien; pero Romero es inmensamente rico, y lo que no dé á su hija en vida, á su muerte será suyo necesariamente.

—Toma, ¿y no soy yo tan rico ó más que él? Mira, hijo, voy á darte un consejo, puesto que mi profesión ha de ser la tuya. Un comerciante no debe nunca dar más de lo que recibe, ni hacer cosa alguna en provecho del prójimo. Con estos principios, lograrás fortuna y tranquilidad, lo mismo en el comercio que en el matrimonio.

—Pero....

—Nada, no hablemos más.

El joven conocía el carácter firme de su padre, y se guardó bien de insistir.

Otra vez volvió á sonar la campanilla, y un instante después entraba una criada diciendo:

—Señor, ahí está un oficial de tropa.

Dile que yo no tengo nada que ver con la tropa, y que me deje en paz.

La criada fué sin duda á dar el recado, y volvió con un pliego que entregó á su amo.

El comerciante lo abrió, leyólo, mandó á la criada que dijera al oficial que cumpliría lo que se le ordenaba, y dió el pliego á su hijo.

Se trataba de entregar al intendente del ejército francés de ocupación, 2,000 cubos de sardinas en el término de una semana.

—Hijo, dijo el comerciante, ahora sí que digo que te casarás con la hija de Romero.

—¿Cómo?...

—Ya lo sabrás. Mañana, al amanecer, nos vamos á caballo al pueblo donde está Romero.

Así lo hicieron al día siguiente, y éste los recibió diciendo:

—¡Hola! ¡Huyen VV. de la invasión francesa!

—Nó, señor, nosotros no huimos de nadie. Venimos á proponer á V. un magnífico negocio.

—Hable V.

—Debo entregar 2,000 cubos de sardinas al ejército francés en el término de una semana, y vengo á ver si V. me las puede proporcionar.

—¿Y á cómo se pagan?

—A tres duros cada cubo.

—Poco es, pero en fin, lo podremos arreglar.

—Le cojo á V. la palabra, y negocio concluido. Ahora nos convidamos á comer y hablaremos del matrimonio de la chica de V. con este buena pieza.

Hablaron en efecto; pero Martín no pudo conseguir que Romero diera un cuarto más de dote á su hija.

Quedaron, por último, convenidos, y se firmó el contrato.

Cuando volvieron á su casa padre é hijo, éste dijo á aquel:

—¿Cuánto me alegro de que al fin haya V. cedido!

—¿Por quién me tomas tú á mí? Yo no he cedido ni ahora ni nunca, y ya te convencerás de ello.

Cuando llegó el día señalado para el desposorio, se dirigió con padre é hijo al pueblo de Romero, donde debía celebrarse la boda.

Romero los recibió con semblante pálido y desengañado, y mientras el hijo temía alguna contrariedad que impidiera la boda, el astuto Martín sonreía maliciosamente.

—¿Qué tiene V., Romero? preguntó con la mayor naturalidad, está V. desconocido.

—¡Ay amigo Martín! Estoy en una posición horrible, y tengo que hablar con V. al momento.

—¿Qué! ¿no quiere V. que se haga ya la boda?

—Nó, no es eso.

—Pues entonces, vamos lo primero á celebrar la boda, y luego hablaremos, que si yo puedo servirle, ya sabe V. que lo haré con la mejor voluntad.

Hízose la boda, en efecto, y concluida la ceremonia, Romero dijo á Martín:

—Amigo, la causa de mi pena es que, habiendo prometido á V. los 2,000 cubos de sardinas y hecho las diligencias necesarias para adquirirlas, no he podido descubrir ni una sola sardina en todo el litoral. Los pescadores las tienen vendidas.

—Toma, pues si yo soy el que se las ha comprado.

Romero quedó mudo de estupor.

—Y entonces, dijo, ¿cómo quiere V. que le cumpla mi palabra?

—Como comerciante leal y de buena fé. Hablemos claros. V. dejará una respetable fortuna á su hija, y yo, á Dios gracias, dejaré otro tanto á mi hijo. Bajo este punto de vista, la jugada que le he hecho á V. comprando las sardinas, debe serle indiferente. Pues qué, ¿pensaba V., que teniendo mi hijo lo que tiene había yo de consentir que no diera V. á su hija mas que 6,000 duros? Por eso, no queriendo impedir la unión de los muchachos, he imaginado un medio de poner el mismo peso en las dos balanzas, y obligar á V. á que se conduzca como su honor de padre y de comerciante lo exigen. V. se ha obligado formalmente á entregar 2,000 cubos de sardinas á tres duros el cubo; pero como yo las tengo, tiene V. naturalmente que comprármelas, y se las venderé á V. á nueve duros el cubo. Me paga V. la diferencia, y en paz.

Al oír esta cruel explicación, Romero se tranquilizó, y repuso:

—Me parece muy justo lo que V. me propone, y queda el trato hecho.

Dos días después, Romero fué á buscar á Martín, y le encontró de malísimo humor.

—¿No sabe V. lo que me sucede? díjole Martín. Los pescadores llegan en masa á traer las sardinas, pero no encuentro ni en diez leguas á la redonda un solo cubo. Las sardinas se echan á perder, y no sé qué va á ser de mí.

—Amigo mio, contestó Romero, el mal ejemplo es contagioso. V. compró todas las sardinas, y yo he comprado todos los cubos. V. los necesita, y yo podría venderse los por triple valor de el que tienen, pero me contento con que me devuelva V. la cantidad que supo sustraerme con tanta astucia, y con esto quedaremos todos satisfechos, y habremos cumplido nuestros compromisos. Y sepa V. que en este mundo, el hombre más listo encuentra la medida de su zapato.

—Tiene V. razón, contestó Martín procurando reír; imitar es muy fácil, lo difícil es inventar.

## DIÁLOGOS

COGIDOS AL VUELO EN UNA TERTULIA.

—Cándida, ¿quién es aquel joven de los cuellos tiesos?

—Altos se dice, hija, altos, eso de tiesos es muy cursi.

—Bueno, mujer, ¿quién es?

—Un joven que han presentado esta noche.

—¿Y qué es además de joven?

—Nada, creo que quiere ser veterinario.

—¡Qué lástima! tan joven, y destinado ya á andar siempre entre animales.

—Por eso habrá sacado á bailar á esa chica, que usa una nariz que parece una berengena.

—Calla, mujer, que eres la más criticadora....

\*\*

—Doña Robustiana, ¿qué opina V. de la señorita de la casa?

—¿Que he de opinar, Venturita, si estan pequeña que apenas se la ve?

—Tiene bonitos ojos.

—Calle V., hombre, si siempre le están llorando; no he visto ojos más tiernos que los suyos.

—Es verdad, pero la boca es muy linda.

—¿La boca? no diga V. disparates; si no se puede estar á su lado; no sabe hablar sin escupir, y cuando no habla se le cae la baba; pues hombre, me gusta; ¿la boca ha dicho V? si parece la *cala* de un melon.

—No lo niego, mi señora doña Robustiana, pero está adornada de muchos atractivos: baila, pinta, canta....

—Hombre, V. está malo, ¿bailar? si es patizamba; ¿pintar? ¿como no sea en su cara! ¿cantar? el otro día hizo una escala, que parecia la de mi casa, que la ha tenido que ensanchar el casero, porque no podia subir por ella un procurador muy gordo que vive en el cuarto segundo.

\*\*

—¿Qué solita está V., Remedios?

—Sí, señor, como no soy coqueta....

—¡Ah! ¿No es V. coqueta?

—¿Y V. lo duda? si yo quisiera, todos esos pollos típicos que están haciendo la corte á esas señoritas.... ¡buenas señoritas están ellas! señoritas de la *media almendra*.

—¿Por qué dice V. eso?

—Hombre, porque hay cosas, que si una fuera á hablar... pero yo, ¡libreme Dios de criticar á mis amigas!

—Hable V., le prometo el más inviolable secreto.

—¿De veras? pues mire V., ¿ve V. á Eduvigis, que le está poniendo ojos de besugo á aquel cadetillo? pues hace quince días le di calabazas á ese trasto porque se fué á sonar, etc., y sacó un pañuelo de color; ¿pañuelos de color para las narices? ¡cosa más plebeya! ¿Ve V. á Amparito que se apoya más de lo suficiente en el brazo de aquel joven con quien baila? pues ayer le dije que no nes, porque se atrevió á decirme, bailando conmigo unas habaneras, que tenia muchas cosquillas; ¡habrase visto desvergonzado! ¿Ve V. aquella polla tuerta que se está chupando el dedo y que va tan elegantita? pues el verano pasado iba al mis-no baño que yo, y ¡ay amigo mio! cuántas hay que llevan mucho lujo por fuera y.... si yo fuese como otras que critican á sus amigas....

\*\*

—¿De qué se rie V., Lolita?

—De ver á aquella polla, que parece un tonel, ejecutar la maniobra de todas las noches.

—Se está quitando los guantes....

—Siempre hacerlo mismo á los dos minutos de entrar; ¡Jesús, qué calor! y fuera los guantes, ¡válgame Dios, qué económicas son algunas gentes!

\*\*

—¿Hay buffet, Lucas?

—Sí, hombre, sí; sal al recibidor, y sobre una mesa coja, encontrarás un botijo: ¡atracate de.... agua!

\*\*

—Caballero, ¿á donde se ha metido V. que lleva todo el *schaqué* lleno de blanqueo?

—Lo he cogido bailando con aquella señorita que tiene un lagarto de plumas en la cabeza; lleva más cal en la cara que una pared maestra; ¿la conoce V?

—Nó, señor.

\*\*

—Chico, ¿quién es esa muchacha que me ha llenado de polvos de arroz?

—Es hija de esa señora á quien se lo acabas de contar.

\*\*

—Señorita, hace falta una pareja para completar un cuadro de lanceros; ¿se dignaría V. formarla conmigo?

—Me es imposible, caballero, no bailo.

—¿No le gusta á V. el baile?

—Gustarme, sí, señor; pero no puedo complacer á V. porque....

—¿Por qué?

—Porque soy coja.

\*\*

—Diga V., pollo, ¿quién es esa señorita que tiene una cara como un pastel, y que lleva un vestido de la época de Felipe IV?

—Caballero, es mi hermana.

\*\*

Dieron las doce, me despedí de la señora de la casa, salí al recibidor, cogí mi saco, me metí en él, empujé el botijo, y me fuí á cenar.

CONSTANTINO GIL.

\*\*



## CASCABELES.

La catástrofe del imperio mejicano, ha inspirado magníficos versos á algunos poetas, pero tambien ha sido causa de que se digan horrores en verso, que todavía son más *horrorosos* que si se dijieran en prosa.

El otro día nos han leído un drama, cuyo argumento es el fin del imperio mejicano, y el autor, hablando de lo que es aquel país, ó mejor dicho, la gente de aquel país, pone muy serio en boca de un personaje los siguientes versos:

Triste país, por cierto  
bien triste y desgraciado;  
y aquí me tiene mi deber cautivo:  
aquí, donde un mortal se acuesta vivo  
y se levanta muerto,  
porque á traición le habrán asesinado.

Nos parece que despues de oír esto, ya no hay más que caerse de espaldas.

Los bufos en Setiembre  
empiezan á bufar.  
Que ganen más dinero  
que en todo el mundo hay,  
que bufen como buenos,  
que bufen más y más,  
pero por Dios no le hagan  
al público bufar.

En la temporada próxima veremos otra vez en la escena á Caltañazor.

Querido amigo Vicente,  
aplauzo tu pensamiento;  
tu ausencia el público siente,  
que no olvida fácilmente  
al leguito del convento.

Viene á Madrid un torero de Montevideo, que se llama Conejo.

Conejo, escucha un consejo:  
no te fies de tu nombre;  
donde menos piense un hombre  
se ve cogido un conejo.

A ver sobre qué quiere *El Español* que discutan ahora los periódicos, ya que no ha logado gran cosa con sus excitaciones para que la oposicion hiciera observaciones sobre la ley de empleados.

Amigo, se acabaron los primos.  
Hable V. solo del Gobierno, que á nosotros nos tiene sin cuidado.

Ya se está cobrando la contribucion:  
¡Cuánto gozo yo siempre que la pago y pienso que mi dinerito flamante servirá acaso para pagar á algun alto empleado, que luego me dará un bufido si voy á pedirle algun favor!

*El Imparcial* anda á vueltas con algun que otro periódico oscurantista.

Hace mal, porque hay un refran muy sabido que debia tener presente el colega: aquel refran que trata de una operacion en que se pierde jabon y tiempo.

Parece que la Exposicion de París ha perdido mucho.  
Como que se ha convertido en un gran bazar, y todo es allí especulacion y sacar dinero.  
Lo que es una cosa de grandísima importancia, se empuerque de esa manera.

Por ausencia del autor, no podemos publicar hoy la continuacion de *El hijo del sacristan*. Dispensen nuestros lectores hasta el número inmediato.

## CHARADITA.

La primera y la tercera  
es nombre de una mujer;  
la segunda soy yo mismo,  
y no es inmodestia á fé;  
la tercera está en la música,  
y el todo una aldea es  
donde nació cierto santo  
que debes tú conocer.

Verdaderamente parece imposible que las personas que van á baños prefieran á San Sebastian las playas de San Juan de Luz ó Biarritz.

En ninguna parte es la playa tan hermosa, cómo la y segura; la poblacion ha ganado mucho con el derribo de las murallas, hay facilidad de hospedarse, se come bien y el clima es sumamente apacible.

¿Qué más quieren VV?

Los que mas allá se van,  
hacen mal por vida mia...  
si yo me pierdo algun día,  
buscarme en San Sebastian.

*La Correspondencia* dice que las ratas saben estrategia militar.

Lo que V. dice es muy grave,  
y es V. una chismoso,  
porque si el Gobierno sabe  
lo de la estrategia, es cosa  
de que con ellas acabe.

Desde la apertura de la Exposicion, han visitado á París elevadísimos personajes.

Decir lo cierto es preciso:  
ninguno tan elevado  
como yo: en París he estado  
viviendo en octavo piso.

Un periódico dice en una carta de la Granja:  
No hablo del sexo feo, porque tendria que hablar de los ministros, etc.

## Geroglífico del número anterior.

Vale más lo moreno  
de mi morena,  
que toda la blancura  
de la azucena.

—Esposo, ¿cuándo me llevas á París?  
—Cuando haya otro tren de recreo.  
—¿Pues no hay trenes todos los días?...  
—Sí, pero no son de recreo, y si sucede una avería, un choque, un hundimiento, etc., como el tren no es de recreo, Dios sabe las desgracias que ocurren, mientras que en un tren de recreo, aunque suceda algo, y haya muertos y heridos, siempre va uno divertido y todo se toma á broma.

En un tren de recreo  
se enamoró mi amigo don Tadeo;  
casóse con la hermosa el desgraciado,  
y á los mismos demonios está dado,  
que le salió la esposa  
sucia, tonta, holgazana y otra cosa.  
¡Ay! e o de casar e por recreo  
nunca sale á medida del deseo!

¡Qué buena cosa es tener apetito! No lo tiene todo el que quiere, y el que no lo tiene, lamenta su suerte. Desde luego, no confundamos el apetito con el hambre. El apetito es propio de los áeres inteligentes, el hambre de los brutos. El apetito es un goce, el hambre una necesidad. Seguramente es muy agradable leer, un buen libro, aplaudir una buena comedia, hablar con un hombre de talento. Mas para llegar á ese caso, ¿cuántos malos libros cuántas comedias detestables, cuántos necios se han visto ántes?

Seguramente el amor es tambien una cosa muy buena. Pero ántes de tocar la dicha en este asunto, ¿cuántas decepciones y cuánto tiempo perdido! Si se ama sin ser amado, un dolor; si no se ama y es uno amado, un fastidio. Si se va tras del ideal soñado, una tontería; si á uno le agrada la mujer ajena, un peligro; si se desea ó se toma, una crimen, una infamia; si uno se casa, un desenlace en un *culace*.

El apetito, por lo contrario, nos hace sentir siempre goces con más delicias y con menos desencantos.

Sin amor, sin ilusion, sin bello ideal, aun se puede vivir: sin apetito, nó.

—Pero ese duelo, prosiguió con espanto, ese duelo del cual yo he sido causa inocente, ¿se ha verificado acaso? ¡Dígame V. que nó! ¡dígame V. que por mí no se ha vertido sangre!...

Leopoldo calló, pero sus ojos hablaron.  
—¡Ah! exclamó Margarita dando un grito lastimero, ¡corramos, corramos adonde está mi marido! ¡quiero verle!... ¡quiero hablarle!...

Y loca de dolor, arrastró á Leopoldo tras de sí. Guiada por el eco de las voces, llegó al aposento en donde Andrés reposaba ya sobre un mullido lecho.

Al verla, los circunstantes dejaron escapar un sordo murmullo; pero la huérfana no hizo caso de este injurioso murmullo, se abrió paso por en medio de todos, y fué á colocarse al lado de su esposo.

Este acababa de volver en sí, y la rechazó brusca-

mente.  
La jóven no retrocedió al ver este desvío; permaneció llorando en silencio á su lado, y prestándole todos los cuidados que su estado exigia.

Cuando el doctor, despues de practicada la primera cura, mandó á los circunstantes que se retirasen y dejasen descansar al herido, Margarita declaró con extraña firmeza, ajena de su carácter, que aquel era su lugar, y que no se apartaría de allí ni un solo instante.

En vano Andrés la mandó que la dejase, en vano la condesa quiso persuadirla de que le obedeciera. Margarita persistió en su idea.

—Es mi marido, dijo con noble sencillez; mientras era dichoso, podía olvidar, á su imitacion, los lazos que nos unian; desgraciado ó enfermo, mi deber me prescribe que no le abandone.

Manifestó su resolucion con tal entereza, que nadie se atrevió ó contrarestarla.

—¡No se qué hay en esa mujer, pensaba tristemente la condesa, al retirarse, que le falta á mi hija! ¡He aquí cómo yo obré cuando la calumnia me arrebató el corazón de mi esposo! ¿Por qué no ha de ser ella tambien víctima de falsas acusaciones?

—¡No sé qué hay en esa mujer, pensaba tambien Leopoldo, que su voz habla suavemente al corazón y le seduce y le encadena!

Lo que habia de misterioso en Margarita, era el alma, que pura, inocente y bella, se mostraba á las otras almas en los momentos supremos, dejándolas deslumbradas con su belleza inmaterial y eterna.

(Se continuará.)

## ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMBRES

de  
DOÑA ANGELA GRASSI.

### CAPÍTULO IX.

LA CALUMNIA.

(Continuacion.)

—El que se bate es tu marido, repuso la condesa, y el motivo....

Detúvose de repente al decir esto. Tenia miedo de herir la susceptibilidad de aquella alma, que le parecia incapaz de haber cometido una accion indigna.

La malevolencia nos es siempre tan fiel, y acaso más, que la amistad.

La marquesa no se habia marchado; habia querido saborearse hasta el último momento en las amarguras de su rival aborrecida.

Ella continuó la frase de la condesa, y dijo con incisivo sarcasmo:

—Saponen, y estoy cierta que sin fundamento, suponen que un hombre escaló hace algunas noches el jardín, y tuvo con V. una cita misteriosa....

Margarita dió un grito, y como si aquellas palabras la hubiesen herido en medio del corazón, cayó desplomada y sin sentidos sobre el pavimento.

La condesa se abalanzó hácia ella, llena de compasion y de interes. La colocó sobre un sofá, y la prodigó mil auxilios, sin conseguir que volviese á la vida.

En aquel instante se oyó en el vestíbulo el ruido de muchas voces.

La marquesa corrió á inquirir su causa; pero apenas habia salido de la sala, cuando entraron varios criados despaavoridos, gritando:

—¡Señora, señora, ahí le traen!... ¡Don Andrés viene herido!... ¡gravemente herido!

La condesa, aturdida, se abalanzó fuera de la estancia, abandonando á Margarita.

El duelo se habia verificado en una plazuela desierta, situada á espaldas de la casa; la saña de Andrés no

admitía ni tregua ni dilacion ninguna. ¡Parecia ávido de publicidad y escándalo! Dos bastones de estoque les habian servido de armas; de padrinos, Leopoldo y el anciano general. Al primer choque, ambos adversarios quedaron heridos.

Leopoldo hizo trasportar al instante á Andrés á casa de la condesa, para que se le prodigarán los primeros auxilios. Al otro le colocaron en un coche y le llevaron á su propia vivienda.

La herida de Andrés no ofrecia peligro, pero habia perdido mucha sangre, y estaba casi exanimado.

Mientras todos se arremolinaban en torno de él, nadie se acordaba de la pobre Margarita.

Leopoldo se acordó.

—¡Infeliz! se dijo á sí mismo. ¡Culpable ó no, no tiene á nadie que se interesa por ella en el mundo!

Se deslizó por detras de los circunstantes, fué de aposento en aposento, y al llegar al salon, la encontró todavia en el mismo estado en que la habia dejado la condesa.

Leopoldo corrió hácia ella lleno de generosa compasion, y la hizo respirar las sales que se habian quedado olvidadas á su lado.

Margarita exhaló un débil suspiro, luego sus pálidas mejillas se colorearon, y por fin murmuró en voz baja, entreabriendo los ojos:

—¿Qué es lo que pasa por mí? ¿Qué es lo que me sucede?

—¡Valor, Margarita, valor! dijo Leopoldo con dulcísimo tono.

Leopoldo se complacia en consolar al triste, en amparar al oprimido.

Margarita se estremeció de júbilo al oír el sonido de aquella voz, al sentir los latidos de aquel corazón amado.

Desprendióse ruborosa de sus brazos, y recordando de repente cuanto habia pasado, prorumpió en sollozos:

—¡Oh Leopoldo! ¡Leopoldo! exclamó fuera de sí, ¡no soy culpable! ¡Por Dios, no me crea V. culpable!

Aquel grito partía del alma; solo podia exhalarlo un corazón inocente.

Leopoldo la creyó; la creyó á pesar de cuanto habian dicho, á pesar de la evidencia que la condenaba.

—Tranquilícese V., hermana, dijo con una inflexion de voz tan dulce que le sorprendió á sí mismo, ¡yo nunca he dudado de su inocencia!

Margarita le cogió la mano y se la cubrió de besos, besos de ardiente gratitud, más elocuentes que cuantas palabras hubiesen podido pronunciar sus labios.



¡Que Dios se lo conserve á VV. siempre bueno!  
¡Lectores, buen provecho!  
¡Si VV. gustan? ¡Me voy á comer!

Pasebase un pobre hombre por una magnífica posesion de un rico capitalista.

—¡Qué árboles, qué flores, qué cascadas, qué jugos de agua! exclamaba el pobre. ¡Qué divertido estará aquí el dueño de esto!

—Es paráltico, le respondieron.

Entró nuestro hombre en el palacio, y atravesó por una galería llena de magníficos cuadros y muebles.

—Al ménos, dijo, podrá venirse aquí y contemplar las maravillas del arte.

—Es ciego, le contestaron.

En este momento, una alegre música resonó en los pasillos.

—¡Estas melodías le consolarán de sus desgracias! dijo el visitante.

—Es sordo.

—¡Pobre hombre! dijo aquel con conmiseracion.

Después pasó por un comedor espléndidamente servido, y exclamó:

—¿Entonces no le queda otro consuelo que el goce de estos suculentos platos?

—Apénas puede tomar caldo, le dijeron. Esta mesa es para la servidumbre.

Digamos, para concluir, que también hay ricos que tienen un estómago á prueba de bomba.

Y que comen hasta reventar y nunca revientan.

¡Y que están gordos!

Un chico desaparece de su casa.

Se le busca, y por fin se le encuentra en el jardín, descalzo, y con los pies metidos en la arena, de pié, sério, erguido, inmóvil.

—¿Qué haces aquí, Juanito?

—Me he plantado aquí para crecer.

Edmundo About ha recibido del virey de Egipto 25,000 francos para la sociedad de literatos.

¡También en España hay sociedad de literatos! ¡También va á haber quien dé para ellos 25,000 rs., cuanto más 25,000 francos.

Sin embargo, todavía no nos podemos quejar.

Aquí, por lo ménos, al literato que semuere, le entierran... ¡de limosna!

¡Bello porvenir nos espera!

CANTARES.

Razon en esta cuestion, como en todas tener quieres: conste que, si te la doy, es porque tú no la tienes.

Eras modelo de amantes, modelo de pintor fuiste: ¡Dios haga que no concluyas por ser modelo del idem.

La escalera del suplicio subo por una mujer: que Dios te perdone, niña, que yo ya te perdoné.

Mis billetes amorosos me devuelves, y no encuentro aquel del Banco de España en que decia.... 500.

Todo el hombre que se casa con una muchacha fea y coqueta como... pues, lleva penitencia y media.

Cura el cura la locura, la locura del que ama: su locura el cura cura, lo cura, cuando le casa.

Conjugar el verbo amar es muy grata distraccion, que la accion de conjugar quiere decir jugar con...

Adios, Universidad, que llegan las vacaciones, me voy á correr la tuna y buscar nuevos amores.

Aunque me caso con otra no digas que infiel he sido: que no he sido infiel, lo prueba... mi partida de bautismo.

¿Por qué suspiras niña y estás llorosa? Muestra tu rostro alegre, cara de rosa.

Pues la tristeza, no es justo que marchite tanta belleza.

No presumas, no presumas, niña, que no vales tanto: no vales una cerilla y dan ciento por dos cuartos....

Angel que cruzas el suelo y en él tu huella señalas, ¿por qué no tiendes las alas y te remontas al cielo?

Quieres que quererte quiera, y yo no te quiero, niña, que yo no doy mi querer á quien quiere ser querida.

Toma el amor forma de ave, ó de reptil venenoso: ave, se remonta al cielo, reptil, se arrastra en el lodo.

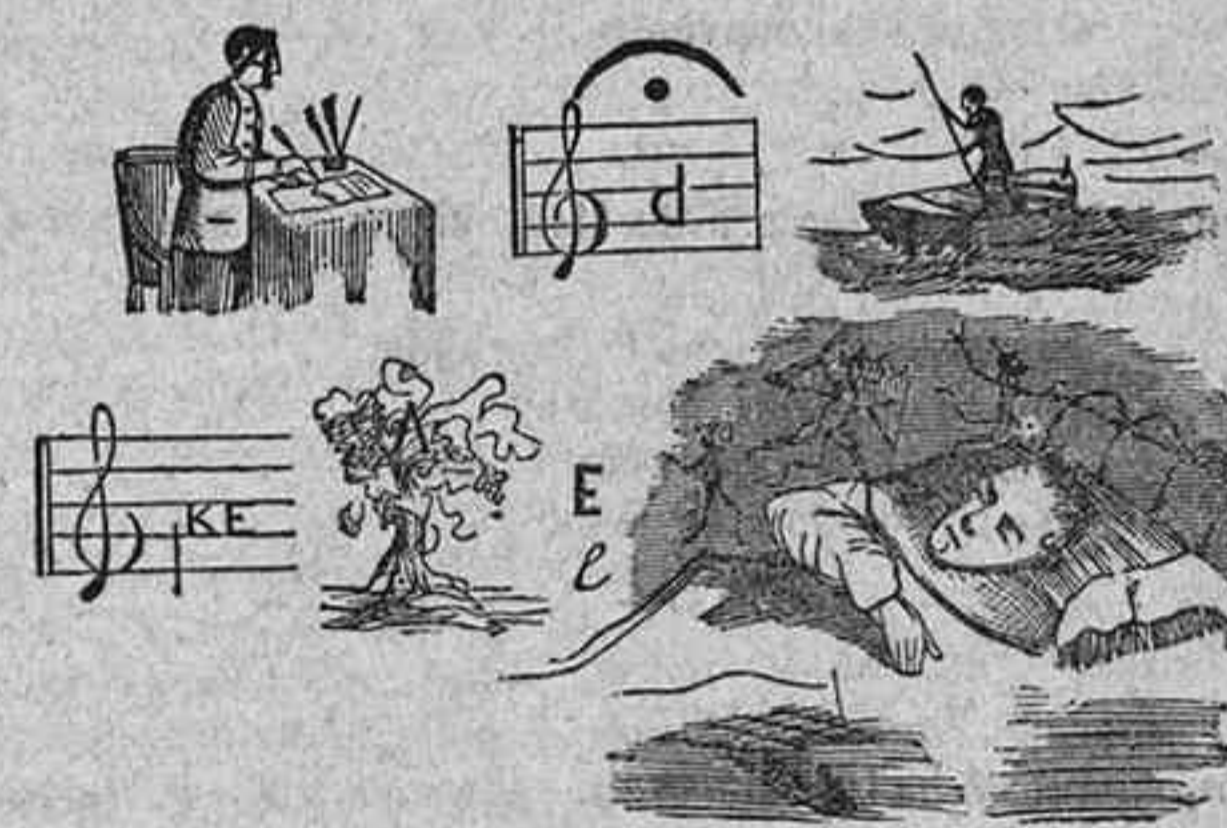
Es mucha la abundancia de tus cabellos. ¿Quieres decirme niña, si es tul, ó pelo?

Porque yo dudo: si es tul, parece poco, si es pelo, mucho.

Dicen que eres una santa porque rezas el rosario; y me lo cuentan á mí, que sé tu vida y milagros.

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

GEOGLÍFICO.



ANUNCIOS.

perfecta salud á todos.—La Revalenta Arábica del Barri de Londres, cura sin medicina y sin gastos las gastritis, gastralgias, dispepsias, constipaciones, hinchazones, flatos, insomnios, diarreas, náuseas, pituita, hipos, acedias, reumas, catarros, fiebres, toses, asma, tisis, debilidad, histérico, neuralgias, herpes, enfermedades de la garganta, de la vejiga, de la respiracion, de los riñones, de los intestinos, de los nervios del higado, de la mucosa, del cerebro y de la sangre.

Esta deliciosa harina de salud economiza mil veces sus precios en otros remedios: 65,000 curaciones de enfermedades rebeldes á todo tratamiento, en cuyo número está comprendida la feliz curacion del Santo Padre Pio IX, la de la marquesa de Bréhan, del duque de Sluskow y otros.

En cajas de media libra, 12 rs.; una libra, 20; 12 libras, 170; 24 libras, 300 rs. Casa du Barry y compañía, núm. 1, calle de Valverde, Madrid.

Depósitos. Señor don José Garcia.—Señor Borrel.—Señor don Vicente Miquel.—Señor don Carlos Ulzurum.—Señor Sanchez Ocaña.—Señor Escolar.—R. Cuyas, Barcelona, calle de Lauder.—Ramon Piñal, Cádiz.—José Maria de Somonte, Bilbao.—Jorge Modgson, Málaga.—Roberts, Gibraltar, y todos los principales droguistas y boticarios en las demás provincias. 68

ALMACEN DE CAMAS ECONÓMICAS.—con Real privilegio exclusivo.

Los señores Huguet y Snifé ofrecen al público su establecimiento, calle del Arenal, números 19 21 y 23, y Plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana), núm. 13, donde hallará grande surtido de camas de perfecta y sólida construccion, desde los precios más ínfimos á los más altos, fabricadas por un nuevo sistema y de mucha duracion aunque sean con frecuencia armadas y desarmadas. También hay otros objetos preciosos en lascasas, fabricados de hierro y otros metales.

Estos señores pueden asegurar que no hay competencia posible en ningun otro establecimiento de su clase. 16

LA REPRODUCTORA DEL CONSUMO.

Esta empresa tiene por objeto devolver á cada uno de sus suscritores cuanto gaste para cubrir las necesidades de la vida y para satisfacer las exigencias sociales y hasta sus caprichos.

Promover prudentemente la produccion en general, facilitando los medios de su circulacion. Plantar el crédito bajo una forma tan estable y sólida, que no permita abusos de ningun género.

Oficinas y almacenes centrales.—Barcelona.—Delegaciones en Tarragona, Valencia y Granada. Resuelta esta empresa á extender sus relaciones en todas las poblaciones de alguna importancia en la Peninsula, pueden dirigirse á sus oficinas centrales las personas que deseen encargarse de representarla. No se exige fianza en efectivo á los delegados y subdelegados, pero sí buenas referencias. 2

IMPORTACION DIRECTA DE TABACOS DE LA HABANA, DE LOS SEÑORES SAN ROMAN Y MAGUREGUI, CARRERA DE SAN GERÓNIMO, NÚM. 5.

Esta casa acaba de recibir un brillante surtido, que puede satisfacer el gusto más exquisito, sin que el millar pase de 120 duros. 16

LAS RIQUEZAS DEL ALMA.

NOVELA ORIGINAL

POR DOÑA ÁNGELA GRASSI,

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Esta preciosa novela, que consta de dos tomos en 8.º, elegantemente impresos, se halla de venta en Madrid en la Administracion de EL CASCABEL, calle de las Hileras, núm. 4, al precio de 18 rs. en cuadernada á la rústica y 22 á la holandesa.

En provincias 20 y 24 rs. respectivamente. En dicha Administracion se servirán los pedidos de provincias siempre que vengan acompañados de su importe en sellos de Correos, libranzas de Giro Mútuo ó letras de fácil cobro.

IMPRESA DE D. CARLOS FRONTAURA, A CARGO DE RAMON BERNARDINO.

En esta imprenta, perfectamente montada y surtida, se admite todo encargo de impresiones, y se procurará servir á las personas que honren el establecimiento con toda puntualidad y con la mayor economia posible.

VALENTIN GALVEZ.

CAMISERO DE CÁMARA DE S. A. R. EL SERMO. SR. PRÍNCIPE DE ASTURIAS. PUERTA DEL SOL, NÚMS. 11 Y 12.—MADRID.

Se han recibido un bonito surtido de juegos de cuellos y puños bordados para señora. Camisetas de seda, corbatas y pañuelos de batista bordados. 13

ALMACEN DE TABACOS HABANOS, PICADURA Y CAJETILLAS.

F. DE IBARRA Y MORALES, CALLE DE LA MONTERA, NÚM. 6.

Cajetillas (marca especial), 18 rs. docena. Picadura id. id., 30 rs. libra. Idem en hebra para pipa, 30 rs. libra. Galanes á 75 rs. cajado 100 cigarras. Londres á 80, 90, 100, 120, 130 y 140 rs. Operas á 82, 90 y 100 rs. Conchas á 100, 120 y 160 rs. Trabucos á 100, 115 y 130 rs. Medias regalías á 120, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Regalías á 130, 130, 140, 170, 200 y 260 rs. Cazadores á 130, 150, 180, 190 y 240 rs. Brevas á 140, 150, 160, 170 y 190 rs. Imperiales á 300, 350, 400, 800 y 1000 rs.

NOTA. De todas las expresadas clases, existen cajas abiertas para expender por menor. 22

IMPORTANTE Á LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

La Direccion de EL CASCABEL, deseosa siempre de mostrarse agradecida á sus numerosos y constantes abonados, ha celebrado un convenio con la empresa editorial titulada Museo Literario Artístico, que en la actualidad está publicando la interesante é instructiva novela del señor Tárrego, Memorias de un Hechicero.

Por este convenio todos los actuales suscritores á EL CASCABEL, y los que hagan la suscripcion antes de fin de Agosto, podrán adquirir la citada novela por tomos, al precio de 6 1/2 reales en Madrid cada uno y 7 en provincias.

La suscripcion ha de ser hecha directamente á la Administracion de nuestro periódico, y el pago de los tomos adelantado, en sellos de correos ó libranzas de fácil cobro.

De esta manera los suscritores á EL CASCABEL podrán adquirir Memorias de un Hechicero (que constará de 6 tomos con 26 grabados), por 39 reales los de Madrid y 42 los de provincias, siendo su precio para los no suscritores al periódico, 50 reales vellón.

Todos los que anticipen el importe de 2 tomos, obtendrán además una rebaja de medio real en cada uno, tanto los suscritores de Madrid como los de provincias. Van publicados 2 tomos, y continuará dándose á luz uno cada mes.

Creemos que nuestros favorecedores apreciarán en su justo valor el nuevo sacrificio que nos imponemos por complacerles.

En el término de Robledillo, á tres kilómetros de la estacion de Humanes, se venden de 5 á 6000 gavillas de retama gruesa; el que quiera interesarse en la compra, puede pasar á dicho Robledillo y tratar con Melchor Cebrían, su propio dueño. 2

MISTHER HEIS.

Sócio catedrático del Ateneo de Madrid, profesor de francés, inglés, italiano y español, ofrece sus clases al público, calle del Caballero de Gacia, 19, cuarto segundo, izquierda.

BAÑOS.

APROVECHAR LA OCASION.

Ave Maria, 11, tienda de Marin, se venden de zinc y de hojalata desde 50 á 240 rs., y se alquilan muy baratos. Los de niño á 6 cuartos, real y 1 1/2; los de señora y caballero á 1, 1 1/2, 2, 3 reales, (y á 4 rs. sin estrenar) las estufas con el baño, medio real, sueltas á 1 real, todo diario. Se advierte al público que dichos objetos durarán lo ménos su alquiler 7 dias. 8

MADRID: 1867.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de Ramon Bernardino, calle de las Hileras, número 4, bajo.